

LITERATURA

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

POR CARMEN BRAVO-VILLASANTE

T

AMBIEN Ramón Gómez de la Serna cae dentro del movimiento que Ortega denominó acertadamente «deshumanización del arte».

«La nueva poesía y la nueva literatura han libertado las palabras, y las palabras obran por su cuenta, según una ley inconsciente y segura», dice el propio Ramón en un original ensayo titulado «Las palabras y lo indecible» (*Revista de Occidente*, 1936). Así Gómez de la Serna se nos presenta en el gran circo literario como un prestidigitador de las palabras, que goza con la enumeración de vocablos fantásticos, y los empareja a veces sin más intención significativa que el despliegue policromo de la palabra rara, y el gusto por la incongruencia y el disparate. El escritor ya no combate por las ideas como la generación del 98, ni tiene declaradas tendencias sociales, morales o religiosas. El escritor ahora si defiende algo es el derecho a la metáfora.

El lenguaje se complace en sí mismo en

un conceptismo barroco, en un puro juego intelectual. Y desde luego que también dice algo, como lo decía la poesía de Guillén y de Salinas. Nada menos que lo indecible. El mismo Ramón lo asegura: «La palabra tiene que decir, además, cosas casi improbables».

Con una locuacidad más que asombrosa Ramón Gómez de la Serna inventa frases inauditas, respuestas incongruentes, complejas asociaciones. Embriagado de palabras, a veces ya no sabe ni lo que dice y profiere palabras aisladas, como un poseído: «funámbulas falenas, ebúrneas áureas, enlabiador miraje». La capacidad creadora y locuaz le lleva hasta el trabalenguas, que es el desquiciamiento de la propia lengua.

Así llega Ramón Gómez de la Serna a su máxima creación, al descubrimiento extraordinario de la «greguería», que en el fondo, a pesar de todas las definiciones que se han dado, incluso la del propio autor, no es más que una metáfora.